EMILIO G. DEL CASTILLO y RICARDO PLA Y AMORÓS

González

El Padre Augusto

COMEDIA LÍRICA

EN UN ACTO, DIVIDIDO EN DOS CUADROS, EN VERSO Y PROSA, ORIGINAL

MÚSICA DE LOS MAESTROS

QUISLANT y BADÍA



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1911

EL PADRE AUGUSTO

EL PADRE AUGUSTO

COMEDIA LÍRICA

en un acto, dividido en dos cuadros, en verso y prosa

ORIGINAL DE

EMILIO G. DEL CASTILLO y RICARDO PLA Y AMORÓS

música de los maestros

QUISLANT y BADÍA

Estrenada en el TEATRO MARTÍN el día 6 de Septiembre de 1911

MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°

Teléfono número 551

1911

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
CAROLA	SRTA.	ULIVERRI.
DOÑA PURIFICACIÓN	SRA.	MOLINA.
DOÑA FEDERICA		SÁNCHEZ.
TIBURCIA (criada lugareña)		LASTRA.
MARTINA (amiga de Carola)	SRTA.	ARROSAMENA.
ASUNCIÓN (ídem íd.)		MANZANO.
ESPERANZA (ídem íd.)		MARQUES.
FILITO (ídem íd.)		VERNET.
CRISPÍN (monaguillo)		VARGAS (J.)
EL PADRE AUGUSTO	SR.	BEJARANO.
LUIS		ULIVERRI.
MENELAO		ANGELO.
DON ROSENDO		BALSALOBRE.
UN CARTERO		OLMEDO.

Señoritas de Villagrís

La acción en Villagrís.—Epoca **actual**

(Derecha é izquierda, las del actor.)

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Huerto en casa del Padre Augusto, párroco de Villagris. Al foro casa de dos pisos que ocupa dos tercios del mismo, quedando el tercero para la puerta de entrada y tapia, tras de las cuales se ve lejana una calle del pueblo. Dando sombra á la puerta y ventana del piso bajo de la casa un emparrado verde y fresco. Los bastidores de los lados (pueden ponerse rompimientos) han de ser manzanos con fruto y dispuestos de modo que puedan cogerse algunas de las manzanas que en los mismos aparecen. Por todo el huerto grupos de macetas floridas y algún almendro en flor. Es primavera. La luz dorada de un claro día. El cielo intensamente azul.

Al levantarse el telón están en escena, bajo la parra, el Padre Augusto, un cura de unos cincuenta años, con el pelo muy canoso, de cara dulce y bondadosa, dando lección á Menelao, un grandullón de sus diez y ocho años cumplidos, á quien visten como si tuviera doce. No hay que decir que no da pie con bola y que no cesa de moverse al recitar, con pesado sonsoniquete, las contestaciones. Don Rosendo, un viejo con tipo de calavera, sombrero ladeado, traje de pollo y flor en el ojal. Lleva desabrochado el chaleco, y lee, con sonrisa maliciosa, un periódico alegre.

ESCENA PRIMERA

PADRE AUGUSTO, MENELAO y DON ROSENDO

Música

P. Aug. Niño, estate quieto;
dime la lección.

Men. Padre, yo prometo
mucha aplicación.

P. Aug. ¿Quién fué Noé?
Men. Noé... Noé... Noé,
aguarde usté.
P. Aug. ¿No era un gran varón?
Men. Sí, señor, y con el peleón
tomó una borrachera colosal,
y aquello fué el diluvio.
P. Aug. No está mal.
Se acuerda del diluvio universal.
Ros. (Leyendo.)
«Esta cupletista—vale un potosí,
con el garrotán—con el garrotín.»

ESCENA II

DICHOS y CORO DE MUCHACHAS (señoritas del pueblo) con trajes mañaneros y cestos para coger fruta después. CAROLA, muchacha alegre y resuelta, de la casa

Coro Señor cura, señor cura.
Ros. / **Men.** (¡Ay, qué cuerpos y qué caras!)
Coro Ya está la fruta madura.
Ya están rojas las manzanas.
Ros. / **Men.** De comérselas dan ganas.
(Con intención por ellas.)
Coro Señor cura, señor cura.
P. Aug. Poned las escaleras,
trepad á ellas ligeras
y tiemblen los manzanos.
Ros. ¿Por qué... por qué temblar?
P. Aug. Coged la hermosa fruta,
pero sin olvidar
que Eva por la manzana
hizo infeliz á Adán.
Coro (Suben cuatro chicas á las cuatro escaleras que sacan de las primeras cajas y apoyan en los bastidores y colocan junto á las piernas del rompimiento. Las que suben son Martina, Filito, Asunción y Esperanza. Las demas se colocan al pie sujetando la escalera y ponen á su lado el cestillo, donde van cayendo las manzanas que simulan coger de los árboles. Juego de escena animado. Don Rosendo y Menelao quieren ver más que nadie y se agachan.)

Coro Tenme fuerte la escalera, compañera,
porque me puedo caer.
Ros. (¡Qué cadera!)
Men. (¡Qué cadera!)
Los dos (¡Qué cadera!)
(¡Qué cosas se van á ver!)
Las cuatro Pon debajo la sera,
junto á tus pies.
¡Preparadas!... ¡A una!
¡A dos! ¡A tres!

(Empiezan á tirar manzanas á las seras; alegría y movimiento.)

Coro Dice, dice el señor cura
que el comer fruta es pecado.
Ros. Si la fruta está madura
puede dársela un bocado.
Coro Dice que en el paraíso
comió Eva y Adán quiso.
¡Qué locura!
Ros. Si la fruta era madura,
por eso era paraíso.
P. Aug. (Advirtiendo las maniobras de don Rosendo y Menelao y alarmado.)
(Recitado.)
¿Eh? ¡Canario! ¿Qué estoy viendo?
Los dos miran... ¡Mal! ¡Muy mal!
(Severo.)
¡Menelao! ¡Don Rosendo!
¡Que eso es pecado mortal!
(Cantado.)
Coro ¡Carola! ¡Carola! (Viéndola salir.)
Car. Bajad y venid.
¡Ejército á mis órdenes:
vamos á combatir!
(Con gracia y energía.)
¡Guerra á los manzanos!
que no quede una.
Agiles las manos
y buena fortuna.
Son manzanas de oro,
y ese gran tesoro
hay que conquistar.
Coro Verás si sabemos
á lo alto trepar.
(Haciendo gracioso ademán de trepar.)

Car. ¡Viva la alegría!
que no teme á nada;
la melancolía
es cosa anticuada.
Muera la tristeza,
quede desterrada;
tiene más belleza
una carcajada.

Coro (Todos, menos Padre Augusto.)
Viva la alegría,
que no teme á nada;
no hay cosa más bella
que una carcajada.

Car. (Hablado.) ¡Amigas mías! ¡A pelar el huerto!

Todas Vamos. (Mutis alegremente. Dentro. Piano. Cantado.)
Dice, dice el señor cura
que el comer fruta es pecado,
pero á mí se me figura
que es porque no la ha probado.
(Hacen mutis todas, menos Carola.)

Hablado

P. Aug. Andad, hijas, andad... Tú, Carola, cuida de que vayan por manzanas al otro lado del huerto... Lo más lejos posible, ¿sabes?

Car. Es que los mejores árboles están aquí.

P. Aug. Sí. Pero también los más peligrosos. Anda. Anda.

Car. Como usted mande, tío... Don Rosendo... Adiós.

Ros. Adiós... presumida.

Car. (A Menelao.) Adiós... Menelao.

Men. (¡Me gusta más que Noé! Y eso que mi madre dice que ahora no debe pensar más que en Noé.) (Mutis Carola.)

ESCENA III

PADRE AUGUSTO, DON ROSENDO, MENELAO. Luego TIBURCIA

P. Aug. ¡Menelao! (Severo.)

Men. Padre Augusto. (Ahora es cuando me la cargo.)

P. Aug. Lo que has hecho está muy mal. ¡Parece

mentira que un niño tan bueno, tan educado! ¿Ha visto usted, don Rosendo? (Volviéndose severo.)

Ros. Casi nada, Padre...

P. Aug. Si tu madre lo supiera... un niño todavía.

Men. Mi madre se empeña en que tengo doce años, pero ya he cumplido diez y seis. Y me trago el humo.

P. Aug. Después de todo... yo tengo la culpa, por no advertir el peligro en que podían caer esas muchachas.

Ros. ¿Caerse? ¡Verdad! Con su permiso voy á sujetarles la escalera.

P. Aug. ¡De ningún modo! Usted se está aquí, leyendo, y tú, Menelao, á dar tu lección. (Se sienta de espaldas al segundo término derecha y sienta enfrente á Menelao.) Vamos á ver... Historia Sagrada. ¿Que lección llevamos hoy?

Men. Pues... para hoy llevamos la misma.

P. Aug. ¿Y cuál es la misma, que no recuerdo?

Men. La de ayer.

P. Aug. Eso pregunto. ¿Cuál es la de ayer? (Impaciente.)

Ros. La de anteayer, como si lo viera.

Men. La de Salomón.

P. Aug. Corriente. ¿Quién fué Salomón?

Men. Un sabio muy grande.

P. Aug. ¿Qué más?

Men. Pues... nada más. (Aparte.) (Anda, le digo que un sabio y todavía le parece poco. (Viéndola.) ¡Arrea, la Tiburcia!) (Ha entrado en escena Tiburcia, criada lugareña frescota. Sube á la escalera del bastidor de la derecha y se pone á coger manzanas. El Padre no la ve porque pasa por detrás de su silla, pero Menelao y don Rosendo sí, y procuran «aprovechar.»)

P. Aug. ¿Tú no has oído hablar del juicio de Salomón?

Men. Sí, señor. Pero no mucho.

P. Aug. Salomón. ¿Fué sabio hasta el fin?

Men. (Mirando.) Pues... Le diré á usté... (Por lo que ve, intrigado.) hasta el fin... precisamente no... pero poco le falta.

P. Aug. Pues no señor, se corrompió por su amor excesivo á las mujeres.

Men. Sí, señor. Y por eso perdió el juicio. Ahora lo recuerdo.

P. Aug. (Escamado con los movimientos de Menelao.) Oye, niño, ¿peró es que la Historia Sagrada está escrita en los árboles?

Men. ¡Padre, que no miraba!

P. Aug. Niño, pareces tonto.

Ros. Sí, tonto y se mete en casa.

P. Aug. (Volviéndose.) ¿Cómo? ¡Ah! Tiburcia. Baja de ahí.

Tib. Es que estaba cogiendo postre, señor cura.

P. Aug. Pues coge fresa ó algo que esté por el suelo y... vete.

Tib. Voy, señor cura, voy. (Mutis.)

ESCENA IV

PADRE AUGUSTO, MENELAO y DON ROSENDO

P. Aug. Mira, Menelao, ponte así. (De cara á la pared.) Y á ver si acabamos de una vez con esta condenada Historia Sagrada, digo, qué disparate tan gordo he dicho. (A don Rosendo.) De todo esto tiene usted la culpa.

Ros. ¿Yo?

P. Aug. Sí señor. Por enseñar al chico lo que nó debe.

Men. ¡Pero si don Rosendo no me ha enseñado nada!

P. Aug. Es decir, la tengo yo por organizar esta fiesta de alegría y juventud. ¿Quién me mandaba invitar á las muchachas del pueblo á coger las manzanas de mi huerta?

Ros. Y que ya verá usted cómo se le ofenden las señoras beatas, porque el anterior párroco les regalaba la fruta.

Men. Y yo me comía la de madre. ¡Y tan rica! ¡Y lo que es á madre no le va á saber bien!

Ros. ¡Claro! Si no la prueba.

P. Aug. Yo ignoraba esa costumbre, y como en Pueblo Alegre, allá en Andalucía donde yo tuve, hasta venir aquí, el curato, se celebraba por la primavera la fiesta de la fruta y todas las muchachas amigas de Carola venían á coger la de nuestro huerto, creí que no habría inconveniente... No volverá á suceder.

Ros. Hágame usted caso, Padre, y le irá bien. Aquí hay que ser hipócrita para poder vivir.

P. Aug. Calle usted, que está aquí Menelao. (*Va á volverse y ve á Menelao á gatas en el suelo intentando descubrir algo en la derecha. Enfadado.*) ¡Menelao!

Men. Señor cura... Si es que estaba pensando.

P. Aug. ¿Y pensabas en cuatro pies?

Ros. ¡Su padre, clavao! Le conocía bien. Eramos amigos del Casino

P. Aug. ¿Sigue usted pasando allí las noches? (*Menelao viéndoles distraídos hace mutis derecha.*)

Ros. Sí...

P. Aug Yo no me explico cómo en un pueblo tan cristiano como éste puede usted ser tan calaverón.

Ros. Aquí hay mucha hipocresía, Padre Augusto.

P. Aug. Está usted equivocado; hay de todo, y yo conseguiré, con la ayuda de Dios, hacer de este pueblo una antesala de la gloria.

Ros. Trabajo le mando, Padre.

P. Aug. Al principio, recién llegado, recibí muy mala impresión. La primera señora que confesé, una casada, era un desastre, un verdadero desastre. ¡Qué falta de moralidad!

Ros. Ya se quién era.

P. Aug. Yo no. Ni quiero. Yo olvido todo cuanto escucho en el confesonario.

Ros. ¿Era regordeta, con ojos negros, nariz afilada y dientes blanquísimos?

P. Aug. No sé. No sé.

Ros. O era rubia, delgada, paliducha y con un lunar en...

P. Aug. No. No tiene lunares, digo... No me pregunte usted. Desde entonces todas las que confieso son unas santas.

Ros. Por lo menos tres no lo son. Esas tienen que contar muchas picardías.

P. Aug. Está usted equivocado.

Ros. ¡Pero padre, si lo sabré yo!

P. Aug. Calle usted. No quiero oir esas cosas.

ESCENA V

PADRE AUGUSTO, DON ROSENDO y DOÑA PURIFICACIÓN. Es una señora gruesa de unos cincuenta años. Viene de negro con mantilla y devocionario

Pur. (Que ha oído lo anterior. Entrando por la puerta del foro.) ¡Monstruo! ¡Qué tales cosas estará usted diciendo que el señor cura no quiere ni oirlas!

Ros. Sí, porque él ya debe estar acostumbrado á oir atrocidades. Las confiesa á ustedes.

Pur. Y que á mí me cupo la gran honra de ser la primera que se confesó con él.

Ros. (¡Aprieta! ¡Esta es la del desastre de moralidad!)

P. Aug. No. Usted no fué la primera. Fué otra. Está usted equivocada.

Pur. No señor. Segurísima. El mismo sacristán me lo dijo.

Ros. Déjela usted, Padre, que ella sabrá eso mejor que nosotros.

Pur. ¡Aún vivía mi pobre Menelao!

Ros. ¿Sí? ¡Pobrecillo! (Con pena cómica.)

Pur. Un santo. Un verdadero santo...

P. Aug. ¿Y qué la trae á usted por esta casa?

Pur. Vengo á pedirle una cosa en nombre de las señoras de la Congregación.

P. Aug. ¡Ah! Pues delo usted por hecho.

Pur. Es que se trata de algo muy difícil.

Ros. (Alguna picardía, como si lo viera.)

Pur. Y necesito de toda mi modestísima influencia con usted para conseguirlo.

P. Aug. Ya estoy intrigado. ¿Qué ocurre?

Pur. ¡Un escándalo! ¡Un verdadero horror! ¡Una inmoralidad!

Ros. (¿Irá á confesarse delante de mí?)

Pur. (Con algo de énfasis.) Ramón, el conserge del Asilo, que vivía solo... (Con asombro.) ¡Pásmese usted! ¡Ha traído á su hija!

P. Aug. (Con naturalidad.) Pues... no me parece mal...

Pur. Es que esa hija no puede estar en aquella santa casa, porque todos sabemos lo que hizo.

P. Aug. Yo no.

Pur. Pues... dígaselo usted, don Rosendo, porque hay ciertas cosas que se resiste uno á decirlas.

Ros. (Pero no á hacerlas.)

P. Aug. ¿Y cual fué el delito de esa muchacha?

Ros. La cosa no tiene nada de particular. Cosas de la vida. Era guapa, aquí se aburría...

Pur. Todas nos aburrimos.

Ros. Y todas... Bueno. Total, que para distraerse se fué con un viajante que vino de Madrid.

Pur. (Con mucho aire.) Y en Madrid con otro, y luego con otro, y luego... dicen que acabó en... don Rosendo, (Algo ruborosa.) dígaselo usted al Padre.

Ros. ¿Yo?... Dígaselo usted que es á quien le interesa.

P. Aug. No es preciso. Adivino la vulgar historia de esa infeliz... Lo que no adivino es... qué quieren ustedes que yo haga.

Pur. Hablar á Ramón. Convencerle de que es imposible tener allí á su hija; hacerle ver que es un escándalo y que ha de mandarla á otro sitio si quiere conservar su plaza de conserge del Asilo.

P. Aug. (Poniéndose grave.) Doña Purificación .. Usted no ha pensado bien eso que dice.

Pur. Mucho, muchísimo.

P. Aug. Usted no puede haberlo pensado, porque no sería capaz de pedirme que realizase una mala acción.

Pur. Pero Padre...

Ros. (¡Chúpate esa!)

P. Aug. Y si ustedes insisten en que yo hable á ese hombre, le diré que apruebo su conducta perdonando á su hija y teniéndola á su lado; porque si es buena, la ofrece ocasión de redimirse, y si es mala, no es él, sino Dios quien la puede juzgar.

Pur. Padre; usted es demasiado bueno, pero las señoras de la Congregación están decididas, y si usted no le habla le hablaremos nosotras. Ramón es padre de esa... mujer, y un padre tiene derechos...

P. Aug. No. Un padre sólo tiene deberes de indulgencia y piedad para con las faltas de los

hijos que engendró, porque yo, que soy Padre de almas la tengo, y Dios, que es Padre de todos, también la tiene. No olvidemos que Jesús vino á la tierra á predicar el amor.

Pur. Pero es que esa... mujer... no se ha convertido. ¡No reza!

P. Aug. ¿Llora?

Pur. Sí.

P. Aug. Es lo mismo que si rezara. Dios oye mejor la queja del desesperado que la oración maquinal del egoista. El que llora, ama y sufre. El que reza, teme; y Jesús no quiere miedo, quiere amor.

Ros. ¡Bien dicho!

Pur. Trataré de convencer á las señoras de la Junta.

P. Aug. Hágalo usted, doña Purificación. (Con cariño.) Cuando una mujer llora aun se puede salvar.

Ros. Póngase usted en el caso de esa chica: Usted se fué con uno, luego con otro, luego con otro... Pongamos que ese otro fuí yo...

P. Aug. Pongamos punto, don Rosendo.

Pur. ¿Y qué tal mi Menelao en los estudios?

P. Aug. ¿Menelao? (Va á volverse, no le ve y se alarma.) (¡Demonio! ¡Ya se fué! ¡Qué compromiso!)

Pur. Yo estoy encantada conque le dé lección el Padre. Temo mucho al colegio porque aprenden malas mañas. ¡Y él es tan inocente! Aquí nada malo puede ver.

P. Aug. (Muy apurado.) (¿Nada malo?) Perdone usted un momento. Vuelvo en seguida. (Mutis derecha precipitadamente.)

ESCENA VI

DOÑA PURIFICACIÓN y DON ROSENDO

Pur. ¿A dónde va el Padre?

Ros. A por Menelao.

Pur. Le tendría en la huerta recreándose un rato. El pobre...

Ros. (¿Pobre? ¡Quién fuera él!... Menuda ración de vista se debe estar dando.)

Pur. Es tan bueno como su padre, mi difunto.

Ros. (Meloso.) Y diga usted, ¿desde que murió su difunto no ha tenido usted más... Menelao?

Pur. ¡Don Rosendo! (Reconvención.)

Ros. No. Si lo digo por... (Que me hago un lío.) (Resuelto.) Yo he soñado con usted, doña Purificación.

Pur. (Melosa.) ¿De soltera?

Ros. Y de casada... (Insinuante.)

Pur. ¡Engañador!

Ros. ¡Qué lástima que no viva su esposo!

Pur. ¿Para qué? (Coqueta.)

Ros. Para... para que fuese usted dichosa.

Pur. ¿Dichosa con mi esposo? ¡Ay! No lo fuí nunca. ¡Soñaba tanto!

Ros. (Y el Padre dice que la primera... ¡Canario con los sueñecitos de esta!)

Pur. (Insinuante.) Ahora mi hijo no tiene padre, y yo, si encontrase un padre juicioso para él...

Ros. Para él... y para lo sucesivo.

Pur. (Fingiendo escandalizarse.) ¡Ay, qué atrocidad!

Ros. (Embobado.) Doña Purificación...

ESCENA VII

DICHOS; CAROLA de la derecha

Car. (Saliendo y con algo de retintín.) ¿He venido á molestarles?

Ros. (Apartándose.) No...

Pur. Nada de eso, hija mía. (Molesta.)

Car. No sabía que estuviese usted aquí. Mi tío me lo ha dicho ahora...

Pur. (A don Rosendo.) (¡Qué oportuna, la sobrinita!)

Car. Ayer no pude ir á acabar el bordado. Hablando con mi tío... se me pasó la hora.

Pur. Claro. (Con intención.) Estaría usted muy entretenida con el Padre Augusto.

Car. Y usted, don Rosendo, ¿cuántas conquistas ha hecho hoy?

Ros. (Atusándose el bigote.) ¿Conquistas? Alguna está al caer... y otra que como ella quisiera... me echaba el lazo. (Mirándola con aire de conquista.)

Car. (Burlona.) ¿Es amiga mía?

Ros. Inseparable.

Car. ¿De mi edad?
Ros. Exacta.
Pur. (Ya empieza á ponerse impertinente.)
Car. ¿Y no le convendría más un chico de la edad de Menelao, que de la de usted?
Pur. (Como si la pinchasen.) Mi Menelao es un niño todavía; no piensa en novias.
Car. Pues mi tío le ha echado un sermón por irse á ver á las chicas al huerto.
Pur. Habrá ido sin malicia.
Car. Sí. Por las manzanas. (Ironía.)
Ros. Yo respondo que por algo más.
Pur. ¿Es posible?

ESCENA VIII

DICHOS, PADRE AUGUSTO y MENELAO. Trae á este cogido de la mano un poco enfadado. Menelao viene haciendo como que llora

Men. ¡Mire usté, Padre, que no era yo, que eran ellas!
Car. ¿Y el pellizco que le diste á Martina?
Men. Fué sin querer.
P. Aug. ¡Calla, calla, que le va á oir su madre! (A Carola.)
Pur. (Con tono dulcísimo.) Menelao. Hijo mío. ¿Verdad que tú no tienes malicia?
Men. No, señora. Yo no tengo malicia. (Lloriqueando) Yo no quería mirarles las pantorras; eran ellas las que se subían á los manzanos pá que se las viese.
P. Aug. ¡Menelao!
Car. Pues bien te agachabas.
Men. ¡Toma! Pa que no digeran...
Pur. ¡Pobre ángel mío! Este es el resultado de esas *fiestas paganas* que usted organiza, Padre Augusto. Así me pervierten á este inocentón.
Men. ¡Claro que sí, madre! Es como si yo dijese que doña Federica cuando me besa, lo hace porque no tiene novio.
Pur. ¿Lo está usted viendo, Padre?
Ros. (A Menelao.) Oye... ¿Y te besa mucho?
Men. ¡Anda! ¡Tóo lo que puede! Pero sin malicia; y yo me dejo besar, también sin malicia.

Ros. Pues sabes que voy á ir á verla un día de estos... sin malicia. (Carola que ha ido á la puerta saluda á doña Federica, que acaba de entrar. Es una jamona de pelo rubio y muy retocada.)

ESCENA IX

DICHOS y DOÑA FEDERICA por la puerta del foro

Car. ¡Doña Federica! ¡Tanto bueno por aquí! (Saludos, besos, etc.)

Fed. Sí. Vengo á buscar á doña Purificación para ir juntas á...

Pur. (Atajándola.) ¡Perezosa! Llevo tres cuartos de hora esperándola.

Fed. Me han entretenido las médicas. (A Menelao.) Hola, monín. ¿Estudias mucho?

Men. Sí, señora. (A don Rosendo.) (Ahora verá usté.)

Fed. ¡Qué hermosote está! Ven que te de un beso.

Men. (Dejándose besar efusivamente.) ¿Verdad que usté no me besa con intención, doña Federica?

Pur. ¡Niño!

Men. Es que lo dice don Rosendo.

Fed. Parece mentira que á sus años...

Ros. ¿Pues cuántos me echa usted?

Fed. Sesenta y ocho.

Ros. ¿Y usted cuántos tiene?

Fed. (Duda un poco y luego dice:) Treinta.

Ros. ¡Un millón de gracias!

Fed. ¿Tiene usted más de sesenta y ocho?

Ros. Doy á usted las gracias porque se ha quitado usted ocho años y me los ha regalado á mí. Yo siempre agradezco los sacrificios.

Pur. Bueno. Vámonos, doña Federica, que tenemos que recoger... (Con misterio.)

Fed. ¡Ah! ¡Sí! *Aquello.* Ha gustado mucho á todos.

Ros. Ya sé lo que es.

Pur. ¿Sí? Pues no lo diga. Es una sorpresa.

Ros. Lo he visto expuesto en la tienda de velas. ¿Está hecho por ustedes?

Fed. Naturalmente.

Pur. (Intencionada, por Carlota.) Mientras *otras* se divierten, nosotras cosemos y cortamos.

Ros. Ya sabía yo que cortando trajes eran ustedes una especialidad.

Car. Y muy bonitos que los hacen, sí, señor.

Pur. Se nos hace tarde. Señor cura, hasta luego.

P. Aug. (A doña Federica que se despide.) Mil gracias por sus velas para San Miguel.

Ros. ¿Ha puesto usted alguna al diablo?

Fed. A usted, que es lo mismo. (Al mutis.)

Pur. (A doña Federica.) (El Padre se niega. Me ha echado un sermón. Cada vez me confirmo más en mi idea de lo de Carola. ¡Vaya una sobrinita!)

Fed. (Usted ve claro.) (Vanse las dos.)

Ros. (A Menelao.) Oye... niño.

Men. ¿Qué quiere usté?

Ros. Sin malicia... pero que te aproveches.

Men. Pues... sin malicia... se hará lo que se pueda.

Pur. (Dentro.) ¡Menelao!

Men. (Mutis corriendo. Con tono humilde, inocente.) Voy, mamá, voy.

P. Aug. Y nosotros á tomar las once. ¿Vienes, Carola?

Car. En seguida, tío.

Ros. (Iniciando el mutis con el Padre Augusto.) ¡Mire usted que doña Purificación, resultar la primera que...!

P. Aug. Calle usted ó me enfado.

Ros. Pero, Padre... ¡Si lo sabré yo! (Entran en la casa del foro.)

ESCENA X

CAROLA. Cuando hacen mutis Padre Augusto y don Rosendo va á la puerta á ver y luego vuelve á escena

¡Y Luis sin venirme á ver;
ahora que era la ocasión!
Le reñiré por faltón.
¡Qué diablo tendrá que hacer!...
(Pausa.)
¡Qué impaciencia!... El esperar
causa pena y alegría.
¡Con qué gusto le diría
que le quiero perdonar!

(De espaldas á la puerta sin volverse. Con mucha alegría.)

¡Ya siento sus pasos! ¡Sí!
¡Es él! ¡Ay! ¿Le llamaré?...
¡No! ¡Voy á esperar!

(Vuelta siempre de espaldas á la puerta y á la derecha.

Me ve...
¡Ya se acerca!... ¡Ya está aquí!...

ESCENA XI

CAROLA, MARTINA, FILITO, ASUNCIÓN y ESPERANZA. Entran las cuatro últimas corriendo por la derecha. Carola se vuelve y al verlas sufre una decepción

Música

Una ¡Carola! ¡Amiga Carola!
Car. ¿Vosotras? (¡Yo que creía!)
Una Vinimos al verte sola
para hacerte compañía.
Para que nos hables
de tu Andalucía.
Car. ¿Queréis que os cuente cosas
de aquella tierra?
Las 4 Las cosas más hermosas
que el mundo encierra.
Car. (Con mucho brío.)
Andalucía
es tierra de quereres
y de alegría.

—

No hay nadie allí que no quiera,
pues tienen los corazones
un latir de petenera.

—

(Con mucha poesía y dando claro obscuro á lo que canta.)

En la sombra del patio
se oye un quejido,
y es que saben las flores
que tú te has ido.

Como el patio fue moro,
tiene una reja,
y ella guarda mi queja
cuando yo lloro,
porque lloro en la reja
del patio moro.
En la siesta la fuente
canta su pena,
y cae el agua menuda
sobre la arena.
Como todas las flores
te quieren tanto,
al caer agua en ellas
parece llanto.

(Con mucho arranque.)

Ay, sevillano traidor.
¿Por qué olvidaste
que te quería?
Yo ví marchar á mi amor,
y le llamaba
y no volvía.
Maldita la reja—que no tiene flores;
maldita la calle—que no tiene amores.
Se fué de mi reja
sin ver que le quiero,
se fue mi torero.

Las 4 La mocita garbosa que quiere
reja de flores,
si la quitan su reja se muere
de mal de amores.

Car. ¡Ay! ¿Por qué le quiero?
El patio está triste y sólo,
la fuente llora por mi torero.
¡Ay! Por mi torero.
Madre, que me muero.

Las 4 Andalucía
es tierra de quereres
y de alegría.

Car. Dale vueltas á la noria,
borriquillo, dale vueltas.
Como la noria es la vida
que se vacía y se llena.
Si un cangilón nos trae risas
otro cangilón trae penas,
y en el alma too se juntan,
alegrías y tristezas.

Dale vueltas á la noria,
borriquillo, dale vueltas
que cuando hay por medio amor
la vida es buena, muy buena.

Todas Dale vueltas á la noria,
borriquillo, dale vueltas,
que cuando hay por medio amores,
la vida es buena, muy buena.
Hay en Córdoba serranas,
en Granada, granadinas
y en Jerez, las gaditanas.

Ros. Están bailando.
¡Olé, salero!
¡Yo me disloco
por lo flamenco!

(Al final bailan las cinco muchachas con gran alegría. Acaba el número.)

(Durante el baile habrán aparecido en la ventana don Rosendo y el Padre Augusto. El primero en cuanto dice su frase cantada, salta á escena y baila ridículamente. El Padre Augusto menea la cabeza bondadosamente escandalizado. Al bailar la segunda vez aparecen por la puerta del foro doña Federica, doña Purificación y delante de ellas Menelao con una gran bandeja en la que trae una sobrepelliz almidonada y flamante. Las dos señoras se escandalizan al ver el jaleo y Menelao hace unas cuantas cómicas piruetas queriendo bailar. Las cuatro chicas hacen mutis asustadas.)

ESCENA XII

DICHAS, DON ROSENDO, PADRE AUGUSTO, DOÑA PURIFICACIÓN, DOÑA FEDERICA y MENELAO

Hablado

Pur. ¡Qué horror!

Fed. ¡Qué escándalo!

Ros. (Que sigue marcándose, canta:)
¡Olé, salero!
¡Olé, salero!
¡Yo me disloco
por lo flamenco!

P. Aug. ¡Qué locas que sois!

Men. (Bailando con don Rosendo.)
Dale vueltas á la noria,
borriquillo, dale vueltas.

Pur. ¡Esta no es la casa de un señor cura! ¡Esto es un baile público!

Fed. ¡Qué vergüenza! ¡Vámonos! Si ya me escamaba á mí la sobrinita.

Pur. (A Menelao.) Ven, hijo del alma, no te abran los ojos.

P. Aug. ¿A dónde van ustedes? (Muy apurado.)

Fed. A donde haya menos barullo y más decoro.

Pur. Y adonde no haya niñas locas ni viejos verdes. (Mutis airadas.)

Car. ¿Y yo que creí que no hacía nada malo?

Ros. ¡Pero qué ha de ser eso malo! Si bailais divinamente. Son cosas de esas beatas que tienen envidia porque les pesan los años.

P. Aug. ¡No! Seamos justos. Tienen razón en lo que dicen. Tú, Carola, sin mala intención, claro está, has armado un alboroto que no debe oirse en casa de un sacerdote. Voy á dar á esas señoras mil excusas y á pedirles perdón de lo ocurrido, prometiéndoles que no volverá á repetirse. (Medio mutis y vuelve.)

Ros. Yo también... (A ver si cae algún pellizco. Me han intrigado las forma de doña Federica.)

P. Aug. Estoy avergonzado. ¡Quiera Dios que me comprendan!

Car. (Mimosa.) ¿Se enfada usted conmigo?

P. Aug. (Cariñoso.) ¡Eres tan locuela! Vaya... abur. Vamos, don Rosendo. ¡A ver si las toco en el corazón!

Ros. (A ver si las toco en...
«Baldomera, Baldomera,
saca, saca la cadera.») (Mutis los dos.)

Car. (Despidiéndolos al foro.) ¡Buena suerte! (Vuelve á escena.) La verdad es que nunca creí... ¿Pero cómo iba á pensar que nos sorprendieran y que se enfadasen por vernos bailar? ¿Es un pecado estar alegre? (Va al foro.) ¡Ah! Ya viene Luis. ¡Si hubiese llegado antes! ¡El tiene la culpa de todo!... ¡Le voy á poner como hoja de perejil!

ESCENA XIII

CAROLA y LUIS. Viene serio; es un muchacho joven que revela en su porte su condición de artista

Luis (Entrando. Seco.) Buenos días, Carola.

Car. (Fingiendo enfado.) Pasa. Pasa. (Está avergonzado.)

Luis Vengo...

Car. Bastante tarde. No sé si te has enterado.

Luis Carola...

Car. Sé lo que vas á decirme: «He estado terminando mi canción á la Primavera.»

Luis Acertaste. (Con algo de ironía.) La tengo acabada.

Car. ¿Pues sabes lo que te digo? Que todo eso es música, que yo valgo más que todas tus canciones y que estoy... enfadadísima.

Luis Déjate de bromas y escúchame. Vengo á hablarte muy seriamente, Carola.

Car. (Con ironía.) Perdone el señor juez. Porque traes cara de juez esta mañana.

Luis Si sigues con tus bromas me callo.

Car. Ya te escucho.

Luis Carola... Tu conducta da mucho que hablar. Tus locuras y extravagancias se comentan en el pueblo. Precisamente cuando venía...

Car. Has visto á doña Purificación y te ha dicho lo que ha pasado. Reconocerás que no hay para ponerse así, porque aunque me esté mal el decirlo, bailamos bien, y si no... vas á verlo. (Va á bailar.)

Luis (Reconviniéndola. Agrio.) ¡Carola!

Car. ¡Ay! Me has asustado.

Luis Contéstame con formalidad. ¿Tú estás dispuesta á separarte del Padre Augusto?

Car. ¿De mi tío? (Asombrada.)

Luis Sí... De *tu tío*. (Con intención,)

Car. No he pensado en ello. Como eso no ha de ocurrir.

Luis Y si yo te exigiera, si yo te impusiese esa condición para continuar nuestras relaciones, ¿la aceptarías?

Car. Vamos... Creo que quien está de broma eres tú.

Luis Te engañas hablo muy seriamente.

Car. ¿Y por qué te da esa manía? Mi tío se opone á que nos veamos diariamente hasta que tú seas un músico de porvenir.

Luis (Con ironía amarga.) Tu tío es muy *cariñoso* contigo.

Car. Mucho. Yo comparto mi cariño entre tú y él y á los dos os quiero igualmente.

Luis (Intencionado.) ¿A los dos?

Car. (Con ingenuidad.) Sí... á los dos.

Luis (Resuelto.) Pues... elige, porque yo no estoy dispuesto á continuar así. En el pueblo se ocupan demasiado de tu persona.

Car. ¿Qué culpa tengo yo?

Luis Sí; la tienes. Deja de vivir con tu tío y nada dirán.

Car. (Seria.) Creí que estabas de broma y por eso te escuché, pero si hablas en serio te respondo, que yo no me separo de mi tío, y que demuestras conocerme mal al pretenderlo.

Luis Pues en ese caso, te devolveré mi palabra.

Car. (Altiva.) ¡Y yo la mía! (Queriendo seguir burlona, pero con amargura.) Así como así, pensaba decírtelo; me he fijado bien en tu cara y la encuentro algo que me disgusta.

Luis No faltará quien me quiera.

Car. Puede. Pero no será para hacerte un retrato. No es por alabarte, pero eres feíto, de lo más feíto que yo conozco.

Luis Puede que te pese lo que has dicho y que lo sientas.

Car. ¿Yo sentirlo? (Fingiendo. Casi llora.) Si estoy más alegre que unas pascuas. Yo no sabía como decírtelo.

Luis Pues ya no te preocupes.

Car. ¿Yo preocuparme? ¿Pero piensas que me importas algo? ¡Anda! No pierdas tiempo. Hay muchas en Villagrís que buscan un marido. No te costará trabajo encontrar pareja.

Luis Y á ti... (Con rabia. Insultante.) Bueno. Tú ya no la necesitas. (Con intención.)

ESCENA XIV

DICHOS y CORO DE MUCHACHAS, dentro. Por la derecha
Acercándose

Música

Muchachas Dice, dice el señor cura
que el comer fruta es pecado,
pero á mí se me figura
que es porque no la ha probado.
Dice que en el Paraíso
comió Eva y Adán quiso.
¡Qué locura!
¡Si la fruta era madura,
por eso era paraíso! (Entrando en escena.)

Luis (Dirigiéndose á ellas alegremente.)
¡Bellas amigas mías,
hoy estoy muy contento!

Car. Pues yo todos los días.

Ellas ¡Ay, qué descubrimiento!

Luis Hoy es primavera
y es la hora de amar,
y una canción mía,
os voy á cantar.

Car. (Lo hace por fingir,
me quiere apenar,
mas no ha de conseguir
verme llorar.)

Luis La hice bajo los rayos de la luna
que llenaba la noche de fulgores
junto á la dulce paz de la laguna
escuchando el trinar de ruiseñores.

Ellas Cántala. Será hermosa tu canción.

Car. (Un suspiro de pena oí en su voz.)

Luis ¡Es un grito de triunfo y de pasión!
«La primavera canta
una dulce canción.
Son sus estrofas besos,
su ritornello amor.
A las flores da aroma,
á los labios carmín,
de juventud los sueños
nos convida á vivir.

Hermosa Primavera,
es juventud guerrera,
sus armas son
rayos de sol,
y es su victoria
un suspiro de amor.»

Todos Hermosa Primavera,
es juventud guerrera,
rayos de sol
sus armas son,
y es su victoria,
besos, que á gloria
saben, cuando hay amor.

Luis (A las Chicas.)
Vámonos juntos.

Mar. Adiós, Carola.

Car. Amigas mías,
adiós, adiós.

Mar. (Con ironía.)
Yo siento mucho
dejarte sola.

Fil. Cuánto lo siento.

Asun. ¡Vaya por Dios!

Car. ¡Adiós, adiós!

Todas (Menos Carola; yéndose con Luis hacia el foro.)
La Primavera canta
una dulce canción,
son sus estrofas besos,
su ritornello amor.

(Salen Luis y Muchachas.)

Luis (Dentro.)
Todo respira amor y un beso espera.
Todo tiene hoy encanto de poesía.
Hoy es día de luz y de alegría;
hoy es día de amar. Es Primavera.

(La orquesta queda en un levísimo sonar.)

Recitado

Car. ¡Se va! ¡Se va! ¡Luis! ¡Mi Luis! (Va al foro y se contiene y vuelve á escena llorosa.) Y dice que todo es hoy alegría... ¡Todo no, que yo estoy llorando!

ESCENA XV

CAROLA y PADRE AUGUSTO por el foro, preocupado.

P. Aug. Esa doña Purificación... ¡Tomar tan en serio una niñería! (Reparando en Carola.) Pero tontuela, ¿lloras por eso?

Car. (Con explosión.) No, tío. Si no es por eso. ¡Es por Luis!

P. Aug. ¿Por Luis? ¿Pues qué ocurre?

Car. Que hemos acabado; que se ha despedido para siempre, porque dice... que no puede consentir lo que aquí pasa, y que yo...

P. Aug. Acaba... (Interesado.)

Car. ¡Que yo le quiero á usted demasiado!

P. Aug. ¿Demasiado á mí? (Empezando á comprender.) ¿¡Demasiado!? (Con asombro é indignación.) Eso no lo dice él. ¡Son ellas!... Ahora comprendo sus alusiones, sus calumnias, porque eso es una calumnia... ¡Y eso no lo consiento, Carola! (Con energía.)

Car. ¡Tío (Abrazándole cariñosa.)

P. Aug. (Fiero.) ¡¡No lo consiento!! (Transición. Con pena.) Y tú, Señor, que ves en las almas, no puedes permitir tampoco... ¡Señor! ¡No lo permitas!... Mira á esta pobre niña... ¡Oye á este pobre viejo! (Se abraza á Carola formando cuadro. Fuera, pianísima, lejana, se oye la voz de Luis que canta.)

Luis (Dentro.)
Hoy es día de luz y de alegría;
hoy es día de amar. Es Primavera.
(Cae el telón.)

Intermedio musical

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Sala baja modesta en la casa del cura. (Casa blanca.) Al foro derecha puerta, por la que se ve el campo y la calle. Al foro izquierda ventana con rejas y macetas de flores de colores vivos. Entre la puerta y la ventana, perchero de gran sencillez. En el lateral derecha una consola, con unos floreros llenos de flores frescas y una ventana. En el lateral izquierda dos puertas. Comienza la acción por la mañana. Convenientemente repartidos por la escena, cinco sillas, un sillón ancho de brazos, una mesa y cuadros religiosos.

ESCENA PRIMERA

El PADRE AUGUSTO, sentado junto á la mesa leyendo. TIBURCIA arreglando los muebles, demuestra deseos de abordar al Padre. Al fin lo consigue

Tib. Señor cura.

P. Aug. ¿Qué quieres? (Un poco brusco al verse interrumpido.)

Tib. (Cortada.) Que... si ha decidío usté ya lo que he de poner de almuerzo.

P. Aug. No, mujer. Eso á Carola; á la señorita Carola. (Vuelve á leer.)

Tib. Güeno... (Pausa breve, en la que da vueltas por la escena, hasta que acercándose de nuevo al Padre añade:) Digo, señor cura...

P. Aug. (Más impaciente.) ¿Qué, mujer?

Tib. Que antes estuvo Cirilo, el sacristán, á decir que no puede limpiar hoy la iglesia porque tié á su madre mala.

P. Aug. Pues la limpiará Crispín.

Tib. Güeno. (De peor humor. Juego anterior.) Digo, señor cura...

P. Aug. (Impacientísimo. Dejando el libro.) ¡Acaba de una vez! (Con bondad.)

Tib. (Resuelta.) Pues sí que voy á acabar, señor cura. Lo que digo es que ver á la señorita Carola parte el alma, porque dende hace dos días que riñó con el señorito Luis, está que paece otra, y ni canta, ni se ríe, ni...

Vamos, que se necesita tener corazón de piedra. ¡Y que yo no lo puedo sufrir, ea! Y que si usté no lo arregla, voy á ir á ver al señorito Luis y pedile que venga, aunque tenga que incarme de rodillas.

P. Aug. ¿Y cómo puedo yo arreglar eso?

Tib. ¡Casándolos! Pa eso es usté cura.

P. Aug. ¿Te ha dicho algo ella?

Tib. No. Pero dende mi cuarto la oigo suspirar toa la noche.

P. Aug. ¡Pobre Carola!

Tib. (Llorando.) ¡Y tan pobre! (Furiosa.) ¡Y pensar que de tóo tien la culpa esas tías cotillas de doña Purificación y doña Federica!

P. Aug. (Reconviniéndola.) Tiburcia...

Tib. Como usté me dejara, iba á quedar tóo arreglao en un periquete... Pero usté no me deja. ¡Claro! Como tiene un corazonazo tan grande, cree que toas las personas que trata son de ley... y no lo son... y aquí va á haber un día un escándalo más gordo que el señor Lucas el de la taberna.

P. Aug. ¿Y dices que ha pasado la noche suspirando?

Tib. ¡Vaya una novedá! Lo mismo que usté. A los dos les he oído.

P. Aug. Esta situación es insostenible. La pobre Carola... No... No puede ser. (A Tiburcia.) Anda. Vete á decirle al señorito Luis que necesito hablarle en seguida.

Tib. (Loca de alegría.) ¿Que va usté á hablar al señorito Luis? ¡Vamos! ¡Gracias á Dios! Voy en un periquete. (Vase por el foro corriendo, tirando el delantal en una silla cómicamente. El Padre vueve á leer.)

P. Aug. (¡Es preciso!)

ESCENA II

PADRE AUGUSTO y CAROLA

Car. (Sale con un florero lleno de rosas y va á colocarlo sobre la consola.) Buenos días, tío Augusto. (Va á besarle.)

P. Aug. (Al recibir el beso.) (¡Y pensar que esto también les ofende!)

Car. ¿Dónde va Tiburcia tan de prisa?
P. Aug. A un recado urgente. ¿Y tú, cómo estás?
Car. (Casi llorosa.) Bien, gracias á Dios.
P. Aug. Vamos. Alégrate. Sé jüiciosa. Todo se arreglará.
Car. No.
P. Aug. ¿Estás muy ofendida con tu novio?
Car. No es para menos.
P. Aug. Ya te he dicho que no tiene él la culpa. Te burlaste cuando hablaba en serio... se incomodó... Pero todo pasará. (Con ternura.) Oye, Carola. Contéstame como si estuviese en el confesonario... ¿Tú nunca has pensado en separarte de mí?
Car. Lo que yo no sé es cómo tiene usted la crueldad de preguntármelo.
P. Aug. ¡Carola! ¡Mi pobre Carola! (Conmovido.)
Car. ¡Tío! (Abrazándole.)
P. Aug. Sí. Tienes razón. Es una crueldad y no debe ser... ¡Pero, señor! ¿Qué daño les hacemos con este cariño? ¿Qué daño les hacemos con esta felicidad? (Hace mutis primera izquierda ocultando sus lágrimas.)

ESCENA III

CAROLA; después LUIS, por el foro

Car. ¡Tío! ¡Tío! ¡Y se va el pobre llorando! ¡Cuánto me quiere! ¡Mucho más que él! ¡Mucho más!... La misma doña Purificación me lo ha dicho mil veces: «El señor cura te quiere más que tu novio.» ¡Claro! ¡Como que mi novio es un pillo!... ¡Si no fuese tan guapo! (Queda pensativa. Entra Luis por el foro; ella le ve.)
Luis ¡Carola!...
Car. (Levantándose con indignación infantil.)
¿Puedo saber, señor mío,
á qué viene usted aquí?
Luis Vengo á ver al Padre. (Seco.)
Car. (En la primera izquierda. Con rabia.) ¡Tío!
Luis ¿Sale ya?
Car. ¡Creo que sí!
(Se va por la segunda izquierda con mucho aire y sin volver la cabeza.)

ESCENA IV

PADRE AUGUSTO y LUIS. El primero avanza grave y sereno, Luis le saluda con agitación

Luis Buenas tardes.
P. Aug. Que Dios nos las dé buenas.
Te doy mil gracias por haber venido.
Siéntate, y mientras tanto te serenas,
á lo que voy á hablar presta el oído.
Luis Vine tan solo porque le respeto.
P. Aug. (Benévolo y firme)
No. Tú has venido aquí porque *la quieres.*
Luis ¡La quería! ¡Quién fía en las mujeres!
Yo no volveré á amar. Se lo prometo.
P. Aug. Esa promesa quedará incumplida.
Luis ¿Y quién se lo asegura á usted?
P. Aug. La vida.
Un libro en donde escrito ví un consejo
que no se aprende hasta llegar á viejo.
Tú eres un inocente.
No sabes con quién tratas,
y has confundido lastimosamente
á las que creen en Dios, y á las beatas.
A las que por amarle á Dios merecen,
y á las que cuando rezan le escarnecen.
Envidian á Carola,
porque no sabe aún de hipocresía;
porque tiene alegría,
alegría andaluza, de española.
La envidian, porque es pura;
porque su rostro es fresco y es hermoso,
y porque hace dichoso
el hogar de este pobre señor cura.
La envidian, porque es franca é inocente,
y se burla de todo á carcajadas;
porque no baja al suelo las miradas
y dice á todo el mundo lo que siente.
A ti te hablaron de ella y has creído
que el amor puede darse así al olvido.
Acaso te dijeron que... *la beso*
y tú ardiste en venganza al saber eso.
Y ahora, al reflexionar, aunque algo tarde,
comprendes que tu afán era inhumano

y que aquel que se burla de un anciano
y de una pobre niña... ¡es un cobarde!
(Con energía.)

Luis ¡Padre Augusto! (Amenazador.)

P. Aug. Ten calma, y no te asombre
lo que vas á escuchar, que es cosa dura.
(Con energía.)
Ahora no te está hablando el señor cura;
ahora estamos hablando de hombre á hombre.
(Breve pausa. El Padre Augusto parece recordar; luego empieza á hablar bajo y con algo de misterio en la voz.)
Hace tiempo yo tenía
un amigo que creía
en Dios con fe tan sincera,
que en darle su vida entera
cifró toda su alegría.
Piadoso con el dolor
era su alma toda amor,
y en la desgracia sereno,
y si como hombre era bueno,
como cura... era mejor.
Mi pobre amigo soñaba
que Dios, oyendo su ruego,
tan honda fe le inspiraba.
Era joven, é ignoraba
que es la sangre joven fuego.
Una tarde á la sombría
catedral, donde él tenía
tribunal de penitencia,
á descargar su conciencia
fué una mujer que sufría.
Escuchó su confesión
y pecado tras pecado,
llegó hasta la absolución;
y al concederla el perdón,
vió que era él el confesado.
Partió ella, y él, en su anhelo,
elevó á Dios su querella,
buscó en el cielo consuelo
y vió... que era azul el cielo,
¡igual que los ojos de ella!
Volvió su vista al altar,
quiso á la virgen mirar.
Pero la virgen lloraba
y en su llanto retrataba
la otra mujer al llorar.

Quiso calmar su dolor
leyendo del Redentor
las parábolas piadosas,
¡y vió que las más hermosas
son las que hablan del amor!
Y ante un crucifijo santo
gemía inundado en llanto:
«¡Señor! ¡Ten piedad de mí!
¡Jesús! ¡Tú que amaste tanto,
dime por qué se ama así!
Intentó luego vencer
su amor, y lo hizo aumentar,
y olvidado del deber
al ver á aquella mujer,
pecó, si es pecado amar.
Fué un luchar de la pasión
vencedora en la batalla;
pidió á Dios en su oración
paz para su corazón
y Dios dijo: sufre y calla.
Vió á sus pies arrodillados
criminales desalmados,
la envidia, el odio, el orgullo.
El perdonó mil pecados,
¡nadie perdonaba el suyo!
Ahora... aquel amor pasó.
La confesión terminó.
Esa es mi falta. ¡Esa sola!

Luis ¿De manera que Carola?...

P. Aug. Luis. ¡Aquel cura soy yo!
(Con energía dolorosa.)
Ya conoces mi tortura.
Comprenderás la amargura
que tanto me hace sufrir.
Dime ahora si he de cumplir
como padre... ó como cura.

Luis Perdón por mi cobardía.
¡Perdón! De usted he dudado
por los celos que tenía
de Carola.

P. Aug. (Bondadoso y amargo.)
¡Lo sabía!

Luis (Como implorando perdón.)
¡Padre!

P. Aug. (Con cariño.)
Ya estás perdonado.

(Luis se conmueve. El Padre al ver que llora.)
¿Lloras?

Luis (Con entereza.) Sí. A nadie le asombre,
pues llorarían las fieras...

P. Aug. No llores, que eso no es de hombre,
y si antes lo eras de nombre,
ahora eres hombre de veras.

Luis Adiós, Padre. Al mundo entero
pór probar que soy sincero,
retaría frente á frente.
(Con gran arrogancia.)
¡Ya he aprendido á ser valiente!

P. Aug. (Fstrechándole las manos con efusión, ya en la puerta del foro.)
No, Luis. ¡A ser caballero!
(Luis hace mutis.)

ESCENA V

PADRE AUGUSTO; luego CAROLA

P. Aug. (Viendo partir á Luis.)
Ya está el asunto arreglado.
(Bajando á escena y con júbilo.)
¡Carola! ¡Ven, niña mía!

Car. (Saliendo y con ansiedad.)
¿Me quiere?

P. Aug. Te lo ha probado.
¿Lloras? (Al verla conmovida.)

Car. Ya se me ha pasado.
¡Es que lloro de alegría!

ESCENA VI

DICHOS y TIBURCIA, que entra por el foro jadeante y alterada

Tib. (Entrando.) ¡Ay, señor cura! ¡Ay, señorita Carola! ¡Ay, qué malas son! ¡Ay, qué malas son! ¡Ay!

Car. ¿Pero qué te pasa, mujer? ¡Si ya está todo arreglado.

Tib. Ya me lo ha dicho el señorito Luis; pero... ¡Las otras! ¡Las otras!

P. Aug. ¿Qué otras?

Tib. Las *cotufas* del pueblo, que le preparan á usté una mu gorda, señor cura.

P. Aug. ¿Pero quién te ha dicho?...

Tib. Nadie. Yo que las vi venir hacia acá toas juntas, cuchicheando y con cara de Pascua, y cuando esas se alegran... malo.

Car. ¿Vienen ya?

Tib. Están llegando.

Car. Vámonos dentro. No las recibas.

P. Aug. Tiburcia... Dí que esperen un poco. Vamos al jardín, Carola. Ahora no tendría fuerzas para dominarme.

Car. Tío... No se apure usted... (Mutis los dos por la izquierda.)

Tib. ¡Ay, San Pedro bendito! ¡Déjalas mudas á todas y te prometo un cirio pa tu altar! ¡Mira, Santo bendito, que no se perdería nada!

ESCENA VII

TIBURCIA, DOÑA PURIFICACIÓN, DOÑA FEDERICA y DON ROSENDO. Vienen las dos señoras muy compuestas, con sombreros pasados de moda y poniendo cara de circunstancias. Tiburcia las recibe con gesto de vinagre

Ros. Hola, Tiburcia. (Con naturalidad.)

Pur. La paz sea en esta casa.

Tib. (Difícil va á ser estando vosotras. (Reparando.) ¡Uy! ¡Y vienen con sombrero! ¡Aquí ocurre una catástrofe!)

Ros. ¿Está el Padre Augusto?

Tib. (Seca.) No señor.

Pur. (A doña Federica.) (La han aleccionado.)

Fed. ¿Tardará?

Tib. Sí... viene pronto, creo que no.

Ros. (Amable.) Estas señoras desean consultarle...

Tib. (Que tiene unos zorros en la mano, las mira con indignación y luego dice golpeando furiosamente con los zorros sobre una silla.) (¿Conque estas *señoras* vienen á...) (Golpes furiosos.)

Pur. Tarde arregla usted la casa.

Tib. ¿A usté nunca la han hecho así (Golpes furiosos.) las criadas?

Pur. No las dejo. Las hago madrugar.

Tib. Y usté también madruga... (Golpes furiosos.) (¡Ay, Santo bendito, mira que te lo pido de corazón!) (Hace mutis cómicamente desesperada.)

ESCENA VIII

DICHOS, menos TIBURCIA

Pur. ¡Grosera! Ya la ajustaremos las cuentas á esa también.

Fed. ¿De modo que es verdad lo del Obispo?

Pur. Acaba de decirme don Dámaso, el cacique, que hoy le ha escrito Su Ilustrísima diciéndole que por el mismo correo envía carta al Padre Augusto amonestándole.

Ros. Eso es muy fuerte.

Fed. Le va á caer como una bomba.

Pur. Yo estaba segura de que Su Ilustrísima nos hacía caso.

Fed. Hay que ver cómo le tratamos cuando vino á la visita pastoral.

Ros. Pero la pobre Carola...

Pur. ¡Toma sobrinita! El señor Obispo le ordena que la aleje de su lado inmediatamente.

Fed. Y como no lo haga...

Pur. Como no la eche de casa hoy mismo...

Ros. Si ustedes quieren, yo puedo llevármela á la mía.

Fed. ¡No! ¡Gracias! Bastantes escándalos ha dado usted ya. (A don Rosendo.) (Como vuelva usted á nombrarla, me incomodo.)

Pur. Estoy loca de alegría pensando en el efecto de la cartita.

Fed. El cartero debe estar al caer.

Pur. Oigo pasos... ¿Será el cartero?

Fed. Véalo usted, don Rosendo.

Música

Ros. (Yendo hasta la puerta.)
Alguien se acerca.
¡Es Menelao!
viene corriendo.

Fed. ¿Qué habrá *pasao?*

—

Pur. Es que le dije que viniese.
Llega sin duda de rezar.
Fed. (Desde la puerta.)
Y le acompaña un monaguillo.
Pur. ¡Mi hijo es un santo del altar!

ESCENA IX

DICHOS, MENELAO y CRISPÍN

Men. (Entrando con Crispín el Monaguillo.)
Mamá. Vengo de la iglesia
á casa del señor cura.
Pur. ¿Has rezado ya el rosario?
Men. Sí.
Fed. ¡Qué santa criatura!

—

Men. Y luego quedamos
con gran devoción
escuchando cosas
de la confesión.
Cris. Cosas muy graciosas
que he de repetir.
Pur. Cuéntalas bajito,
que nos van á oir.
(En la orquesta campaneo muy piano. Aire religioso.)
Cris. Tilín, tilón.
Men. Tilín, tilón.
Los dos Esto es lo que he oído
en la confesión.

Couplets

Men. El señor cura reñía
á una chica hace un momento
por las cosas que decía
sobre el sexto mandamiento.

—

Los dos ¡Ki-ki-ri-kí!
Kirie eleyson;
ayer te ví
hasta el bordado del pantalón.

Todos

¡Ki-ki-ri-kí!
Kirie eleyson;
rezando así
me lleno {toda / todo} de devoción.

—

Men.

Antes de entrar en la iglesia
no se santigua Juana,
porque dice que su esposo
ya la ha *santiguado* en casa.

—

Los dos

¡Ki-ki-ri-kí!
Kirie eleyson;
etc., etc.

(Estos Kirie eleyson, casi los bailan dándose golpes de pecho Menelao y Crispín. Los demás con cómica devoción.)

Hablado

Fed. ¡Un encanto! ¡Una monada de chico! ¡Ven que te dé un beso! (Besándole con entusiasmo.)

Ros. (A doña Federica.) (Como vuelva usted á besarle. el que se incomoda soy yo.)

Fed. (A don Rosendo.) (¡Mal pensado!)

Pur. Silencio. (Reparando.) (La sobrinita.)

ESCENA X

DICHOS y CAROLA

Car. (Saliendo.) Muy buenas tardes, señoras. Don Rosendo. (Saludando seria y digna.) Tiburcia me dijo que deseaban ustedes...

Pur. (Atajándola. Con retintín.) Hablar con el Padre Augusto.

Car. Si quieren ustedes dejarme el encargo, yo le diré luego...

Fed. (Con intención.) No es igual, aunque usted le sea muy allegada. Necesitamos hablar con él.

Ros. Sí, Carola. Estas señoras quieren ver á su tío...

Pur. Para un asunto muy grave.

Car. (En tono cariñoso y suplicante.) ¿Pero es que piensan ustedes darle un nuevo disgusto? Yo les suplico que no lo hagan. Si le viesen ustedes llorar como un niño, les daría compasión.

Fed. Cuando las cosas son necesarias...

Car. Hace dos días fuí yo la que falté. Reconozco que hice mal, pero ustedes son buenas y sabrán perdonarme.

Fed. Es que el asunto se enreda. La noticia del escándalo llegó á oídos de Su Ilustrísima.

Pur. Se asegura que el señor Obispo ha escrito al Padre llamándole la atención severamente y ordenándole... que tome ciertas medidas.

Car. ¿Pero es posible, Dios mío, que yo haya producido tantos males con una pequeñez?

Fed. Hija mía, así es el pecado. Se empieza á olvidar el deber y, sin darse cuenta, cae una por la pendiente.

Ros. (Esta cae, vaya si cae.)

Car. Pero ustedes saben que mi falta no tuvo gravedad; que yo estoy dispuesta á todo para que me sea perdonada... (Con súplica sincera y cariñosa.) Doña Federica... yo se lo ruego con toda mi alma. Perdónenme ustedes.

Pur. Por nosotras, sí, hija mía. De todo corazón, vista su humildad y arrepentimiento. Pero ya sabe usted que el señor obispo exige ciertas medidas...

Car. ¿Cuáles son? Yo estoy dispuesta á todo.

Fed. Se nos dice—no sé lo que tendrá de cierto—que considerando Su Ilustrísima poco apropiadas para la mansión de un sacerdote esas expansiones de alegría, exige á las personas que con su carácter den lugar á ellas...

Car. (Ansiosa.) ¿Qué?

Pur. Que... abandonen la casa.

Car. (Acongojada.) ¡Virgen santa! ¿Y qué puedo yo hacer, si no tengo dónde ir?

Pur. Hija mía, el Señor no desampara nunca á los que son piadosos... usted es joven... puede trabajar en una labor honesta, y con el fruto de su trabajo...

Car. Yo sí... Todo lo arrostraría, pero... ¿Y mi pobre tío?... Hace poco, besándome con una

ternura desconocida para mí, (Las «buenas señoras» se sonríen con intención entre ellas, como diciendo: «La cogimos».) me preguntó si estaba dispuesta á separarme de él... Sus ojos se llenaron de lágrimas al hacerme la pregunta, y cuando yo le contesté que todo menos eso... que viviría siempre á su lado... se alejó de mí para llorar á solas; pero yo sé que lloraba de alegría... ¿No les da á ustedes pena de un anciano que llora? ¡Si vieran qué triste es eso! Hasta ahora fuimos los dos felices. Ustedes son buenas. No destruyan esta felicidad. ¡Ayúdenme á conservarla! ¡No me desamparen, por amor de Dios!

Ros. (Tratando de consolarla.) Carola... hija mía.

Fed. No hay pecado que no tenga su castigo. Ahora sufre usted la expiación del suyo. Sea fuerte y Dios le tomará en cuenta el sacrificio.

Car. ¡Me iré, sí! Ustedes dicen que es necesario. El señor obispo no quiere perdonar una travesura. ¡El, que habrá perdonado tantos crímenes!...

Pur. ¡Carola! (Reconviniéndola.)

Car. (Con pena.) ¡El señor obispo no tiene corazón!

Fed. No diga usted eso, niña.

Ros. (¡Pobre muchacha!)

Pur. Me hago cargo de su pena. Pero Dios lo quiere. Dios lo manda.

Ros. Dios, no. El señor obispo de la diócesis. Hay que hablar con franqueza.

Pur. Cuando salga usted de esta casa, hija mía, regenérese con el trabajo... y luego... ¿Quién sabe? Puede encontrar otro hombre que la dé igual cariño que el Padre Augusto... Puede gozar de otro amor... menos pecaminoso. (Todo dicho con insidia.)

Car. (Asombrada. Sin comprender.) ¿Otro hombre?... ¿Otro cariño?... Doña Purificación, no la comprendo á usted... ¿Otro amor menos pecaminoso? ¿Pero es que yo pude pecar queriendo como á un padre á mi tío?

Fed. (Irónica.) ¿Cómo á un padre?

Car. (Con energía.) ¡Sí! Como á un padre.

Pur. Mire usted, Carola, es inútil la hipocresía. Nosotros ya sabemos...

Car. ¿Qué es lo que saben ustedes?

Fed. Que usted y el Padre Augusto...

Ros. (Conteniéndola.) ¡Doña Federica!

Car. (Con inmenso asombro y dolor, como quien ve una horrible pesadilla. En un momento se da cuenta de todo.) ¡Eso es lo que creían! Sí... ¿Cómo no habré comprendido antes? Y ahora que veo de pronto la luz me asusta tanta maldad. ¿Y son ustedes las cristianas, las santas? ¿Y yo las he suplicado, las he pedido perdón?... ¡Me avergüenzo de mí misma.

Fed. Miren la mosquita muerta.

(Don Rosendo apoya á Carola haciéndola gestos. Alentándola con la mirada.)

Car. Ahora me explico la amargura de Luis, á quien ustedes han hecho dudar. Ahora veo claras sus alusiones, sus perfidias, sus infamias!

Pur. ¡Niña! ¡Niña! (Severa.)

Car. (Con fiereza.) Yo no soy niña. Soy una mujer á quien se ha ofendido cobardemente y que se va á defender... ¡Infames! ¡Tío! ¡Tío! (Después de la exaltación cae deshecha en sollozos, exclamando:) ¿Pero, Señor, por qué permites tanta maldad?

ESCENA XI

DICHOS. El PADRE AUGUSTO, sale por la casa, lleva manteo. Luego CARTERO

P. Aug. (Saliendo.) Carola... ¿Qué ocurre? (Al verla.) ¿Tú llorando? ¿Quién te ha hecho llorar? Carola... Carola. (Con dulzura.)

Car. (Serenándose. Fingiendo.) No es nada, tío... Estas señoras me reprendieron por lo del otro día... Yo me he afectado .. No es nada.

P. Aug. Me engañas, Carola... (A los otros, enérgico.) ¿Qué maldad la han dicho ustedes?... ¡Pronto!

Pur. (Digna) ¡Padre Augusto!

Car. (Suplicante.) ¡Tío! (Se oye un aldabonazo y aparece en la puerta del foro el Cartero.)

Fed. (¡Ah! ¡El Cartero! ¡Gracias á Dios!) (Con alegría.)

Cart. (Asomándose.) Una carta para el Padre.

P. Aug. Venga.

Car. No. (Va resuelta al Cartero, coge la carta, le da dinero.)

Cart. Salú... (Mutis.)

P. Aug. Esa carta...

Pur. Désela usted, hija.

P. Aug. Dámela, Carola.

Car. No es para usted.

P. Aug. Sí. El Cartero lo dijo. Trae. (Quitándosela.)

Car. ¡Tío! ¡Por favor! No lea esa carta...

P. Aug. (El sello del Obispado.) (Alto.) Con permiso. (Lee. En su cara se pinta el asombro, el dolor. Vuelve á leer. Aparte.)

Car. ¡Virgen santa!

P. Aug. (Leyendo.) «Hasta *nos* llegan noticias que apesadumbran el ánimo. Dicen los que murmuran de nuestro amado hijo espiritual el Padre Augusto cosas que, por ser debilidad humana, enturbian el intachable nombre y disminuyen el necesario prestigio de un párroco. Nos perdonaríamos tales flaquezas, porque ¿qué no hará un padre por sus amantes hijos? Pero el deber se impone severo, y la Santa Madre Iglesia *nos impide olvidarle.* El Padre Augusto *apartará de su lado para siempre á aquéllas personas que dieron origen al mal.*—Basilio, obispo de la diócesis.» (Leyendo de nuevo.) «Porque, ¿qué no hará un padre por sus amantes hijos?» Sí. Tiene razón. (Alto á los otros. Duro.) Esto es obra de ustedes.

Pur. Padre Augusto.

P. Aug. No voy á juzgarla, sino á juzgarme. Soy pecador, y Carola... ¡es hija mía!

Car. (¡El!)

Pur. ¡Imposible! (Asombro general.)

P. Aug. (Continuando con humildad.) Pequé porque amaba. Es mi única disculpa. Ya que les absolví de tantos pecados, debo confesar los míos y pedirles perdón. (Muy humilde.)

Pur. (Como recriminándole.) ¿Pero Padre, es posible que usted, tan santo...?

Fed. ¡Un pecado tan enorme...!

P. Aug. Por eso pido perdón humildemente.

Pur. Eso nadie lo puede perdonar.

P. Aug. ¡Sí! Porque ya me ha perdonado Dios. Pero si sois más justicieras que Dios mismo; si sois inexorables con el pecado ajeno, ¡con-

denad! ¡abatid al Padre de almas que no supo halagar vuestro egoísmo! ¡Desgarrad sus hábitos! ¡Ahí los tenéis! (Colgando el manteo en la percha de la entrada.) Y ahora cuidad de no herir al hombre que antes era cordero y hoy es fiera, porque es padre y defiende á su hija. ¡Cuidado, digo! ¡Que nadie la haga llorar, porque cada lágrima suya vale un tesoro!

Pur. ¡Parece mentira! ¿Y qué va usted á hacer ahora?

P. Aug. Soy pobre. Seguiré el camino de pobreza que hizo Jesús, y si antes levantaban mis manos la Sagrada Forma, que es cuerpo suyo porque es pan, ahora segarán el trigo y cogerán del suelo el grano de oro, que también por ser pan es cuerpo de Dios.

ESCENA ULTIMA

DICHOS y LUIS, por el foro

Luis Padre Augusto.

P. Aug. Ven, Luis. ¿A ti te espanta el trabajo y la pobreza?

Luis Si ella me quiere, no.

P. Aug. Dentro de una hora saldremos de esta casa.

Luis (Volviendose á las señoras, que poco á poco se han ido hacia la puerta.) ¿Y ustedes, qué aguardan aquí? ¿No ven que con su afán de perdernos nos hacen felices?

Pur. (Al mutis.) ¡Es horrible!

Fed. ¡Espantoso!

Pur. (A don Rosendo.) ¿Qué dirá el señor obispo? (Mutis las dos.)

Ros. ¡Que diga misa! (A los otros.) ¡Amigos! ¡Venga un abrazo!

P. Aug. De todo corazón. (Se abrazan.)

Car. (Conmovida.) ¡Padre! ¡Padre mío!

P. Aug. (Muy sentido, muy tierno, muy dulce. Extasiado.) ¡Qué hermosa palabra! Carola, dímela otra vez, que esta felicidad de oírtela es bendición del cielo.

Car. (Como un suspiro.) ¡Padre!

Luis ¡Y yo... padre, también! (Se abrazan los tres.)

P. Aug. Hijos míos. Ya entró en esta casa la alegría.
Car. Porque usted es feliz.
P. Aug. Porque lo sois vosotros.
Luis ¡No, padre; porque entró en ella el amor!...
(Se oye una voz lejana que canta la copla.)

«La casa del señor cura
nunca la ví como ahora...»

(Se va alejando la voz mientras desciende el telón. Fuerte en la orquesta.)

TELON

COUPLETS PARA REPETIR

La Petra al cura decía:
mi esposo va á los infiernos,
que anoche cuando dormía
yo lo he visto ya con cuernos.

—

Pedía un cura una estatua
á una Junta de señoras
y una le dijo: «Es muy fácil
levantársela entre todas.»

—

Ahora los aviadores
vuelan todos á destajo,
porque han visto que el peligro
es *pa* los que están debajo.

—

Como ahora se roban cuadros
están tristes mis vecinas,
porque temen que nos quiten
á nosotros *Las Meninas:*

—

Un torero que torea
se casó con la Prudencia,
y ahora dicen que su esposa
va á hacerle la *competencia.*

—

A su novio de regalo
le dió un rizo la Consuelo,
y aseguran las amigas
que el novio la tomó el pelo.

—

Canalejas ayer tarde
dicen que se ha confesado,
y el cura de penitencia
le echó el *estarse callado.*

—

Oigo á los frailes y monjas
llamarse Padres y Madres,
yo no sé por que lo dicen,
pero ellos... sí que lo saben.

—

A una vieja el señor cura
por el sexto preguntaba,
y la vieja contestó:
—Nada, Padre... por desgracia.

—

A una muchacha soltera
colocó la Rosalía;
ella dice de niñera,
pero fué de ama de cría.

—

Buscaba acomodo Luisa,
pero su padre es tan tonto
que ha ido á pedirle á su primo
que se la coloque pronto.

—

Un viejo desmemoriado
decía al cura y no es mengua:
—Padre. Yo tengo un pecado
en la punta de la lengua.

—

Se eligió Madre abadesa
en un convento ayer tarde,
y como es un cargo bueno
todas querían ser *Madres*.

—

De catecismo, Mariano
le da lección á su prima,
y como la prima es torpe
tiene que estar siempre encima.

Obras de Emilio G. del Castillo

Duda cruel, monólogo. (Agotada.)
Lazo de unión, comedia en un acto. (Premiada en el concurso de «El Teatro».)
El intruso, comedia en cuatro actos, basada en la novela de Blasco Ibáñez.
Fenisa la Comedianta, zarzuela en un acto y dos cuadros, música de Rafael Calleja.
Las bandoleras, zarzuela cómica en un acto y cuatro cuadros, música de Tomás L. Torregrosa
Holmes y Raffles, fantasía melodramática con música de Pedro Badía.
La garra de Holmes, segunda parte de la anterior, música de Pedro Badía.
Cómo se ama, boceto de comedia en dos actos, original y en prosa.
¡Pícaro teléfono!, juguete cómico en un acto y en prosa.
El príncipe Sin-Miedo, cuento de niños en dos actos, en verso, música de Vicente Lleó.
Sol y alegría, zarzuela en un acto y cuatro cuadros, música de Tomás L. Torregrosa.
Los segadores, zarzuela dramática en un acto, dividido en tres cuadros, música de Manuel Quislant.
Los talianos, astracanada en un acto y tres cuadros, en prosa, música de Joaquín Gené.
El bello Narciso, juguete cómico-lírico en un acto y en prosa, música de Ramón López-Montenegro.
Nacer de pie, comedia lírica en un acto y tres cuadros, en verso, música de Luis Foglietti.
La Hermana Piedad, comedia lírica en un acto y tres cuadros, en prosa, música de Quislant y Badía.
¡Eche usted señoras!, fantasía cómico-lírico-bailable en un acto, dividido en tres cuadros, música de Quislant y Badía.
Juan Sin Nombre, episodio lírico-dramático en un acto, dividido en un prólogo y cinco cuadros, música de Enrique Reñé.
Benítez, cobrador, humorada lírica en un acto, dividido en cinco cuadros, música de Quislant y Badía.
El amigo Nicolás, aventuras cómico-líricas en trece cuadros, en prosa, música de Quislant y Badía.
El dirigible, fantasía cómico-lírica en dos actos, divididos en seis cuadros, prosa y verso, música de Luna y Escobar.
Sangre y arena, zarzuela en un acto, dividido en cuatro cuadros, basada en la novela de Blasco Ibáñez, música de Luna y Marquina.
El Padre Augusto, comedia lírica en un acto, dividido en dos cuadros, en verso y prosa, música de los maestros Quislant y Badía.

Precio: UNA peseta